

POR
Renato
Cisneros

CRÓNICA DE UNA VISITA AL CENTRO MISMO DE LA NAVIDAD

Papá Noel está 'coca-cola'

■ En el Circuito Mágico del Agua, en Lima, está el Pueblo de Papá Noel de Coca-Cola. Cada día asisten más de tres mil personas. Hasta el más escéptico de los visitantes sale reconfortado

■ El barbudo anfitrión, interpretado por sí mismo, admite estar algo confundido. Y mientras se debate entre la realidad y la ficción, confiesa que está pensando visitar a un psicólogo

HE LLEGADO A ESTE PUEBLO dispuesto a desenmascarar a Papá Noel. Quiero entrevistarlos. Es decir, no a él, sino a la persona, al sujeto que está al fondo del disfraz, debajo de esos lentes redondos, esa barba inverosímil, ese gorrito con pompón.

Para llegar hasta el ambiente en el que está debo seguir paso a paso el camino iluminado, junto con cientos de niños. Hay como dos mil mocosos en esta fila interminable. Hago la cola y es inevitable sentirme desubicado, fuera de sitio, como si hubiese vuelto después de años a completar la primaria. Tanto niño gritón y entusiasta me pone nervioso. Me alivia ver de pronto a los 'duendes': chicos y chicas veinteañeros que trabajan enfundados en mallas y zapatos de payaso, y que saben que todo esto es solo un invento simpático para entretener a la chiquillada. Me acerco a uno de ellos, confiado en obtener algo de información. "¿Cómo es esta vaina?", le suelto, canchero. Para mi total desconcierto, el duende no me habla como humano, sino como duende, con la voz aflautada, dando saltitos. Me dice que se llama Tulipando y pregunta qué se me ofrece. Le digo que no se haga el vivo, que soy periodista y que necesito datos 'duros' para escribir una crónica. Sin dejar de brincar, Tulipando insiste en que es una criatura silvestre y me comina a pedir un deseo. Me provoca arrancarle el sombrero y obligarlo por la fuerza a que me diga su verdadero nombre o su edad. "Soy el duende más joven de todos, apenas tengo 315 años", chilla, hablando como si fuese la encarnación de un dibujo animado. Siento que se está burlando de mí, y justo cuando estoy a punto de perder la paciencia, se abre la enorme puerta del pueblo. "Bienvenidos. Este es el Pórtico Mágico. Una vez que lo crucen vivirán una experiencia inolvidable", anuncia una chiquilla, vestida como enano de Blanca Nieves. La miro con desconfianza y avanzo con los niños.



1

1. VISÍTAME. Papá Noel te espera todos los días (10 a.m. a 9 p.m.). El ingreso al Parque de la Reserva cuesta 4 soles y el acceso al Pueblo es gratuito.

2. CASERÓN. La espectacular puesta en escena permite que los asistentes disfruten por treinta minutos de una fuerte dosis de espíritu navideño.

3. SIN EDAD. Aunque la mayoría son niños, los adultos también pasan por la casa de Papá Noel, picando foto de recuerdo. El último feriado acudieron 9 mil personas.



2



3



4

4. SOCIOS. De 350 chicos (de entre 18 y 28 años) se eligió a 39 para hacer las veces de duendes. Algunos trabajan en dos turnos sin perder la vida ni las ganas.

5. AQUÍ RONCA. Los chibolos se quedan boquiabiertos con la casa de Papá Noel. Les parece alucinante que el viejo Santa duerma, coma y, encima, vaya al baño.

EN BUSCA DE SANTA

Otro duende —que se presenta como Roosevelt— nos invita a pasar a un cuarto denominado Fábrica de Juguetes. Sentado en un rincón contemplo sin ánimo las pantomimas que hacen los arlequines, que con arengas y canciones intentan convencer al encandilado auditorio infantil de que Papá Noel puede leerles la mente y saber cuándo se portan bien o mal. De repente, a través de tres monitores plasma de última generación aparece la imagen de Papá Noel con su traje típico. El primer plano muestra rosado y gordiflón. Habla, seríe y los niños aplauden. Donde ellos ven a un héroe navideño yo solo veo a un abuelito con pijama.

Dejamos la fábrica y atravesamos un patio decorado con toda la parafernalia Merry Christmas: luces y guirnaldas, un tren detenido en el pasto, un trineo malogrado, un pozo para arrojar las cartas con pedidos específicos de cada visitante, dos osos polares de yeso, un inexpresivo hombre de nieve y un inmenso pino bautizado como El Árbol de los Deseos. Los niños sacan sus camaritas y celulares, y se toman todas las fotos posibles. Una de ellas, Jéssica, de 10 años, acaso confundíendome con uno de los duendes saltarines, me pide que la fotografíe junto al trineo. Después me cuenta que ha pedido una muñeca y sale corriendo rumbo a la fila para acceder a la casa de Papá Noel.

A lo lejos, dos chicas-duendes me sonríen. "A estas les saco algo de información como sea", pienso y camino hacia ellas con actitud decidida. Las saludo con besito y les pido que me cuenten qué hacen por la vida. "Somos duendes", dicen, cantando. Las miro con atención al encandilado auditorio infantil de que Papá Noel puede leerles la mente y saber cuándo se portan bien o mal. De repente, a través de tres monitores plasma de última generación aparece la imagen de Papá Noel con su traje típico. El primer plano muestra rosado y gordiflón. Habla, seríe y los niños aplauden. Donde ellos ven a un héroe navideño yo solo veo a un abuelito con pijama.

Luego de un veloz recorrido, no sé qué me sorprende más: si la cálida habitación (con cama king size, ropero antiguo y veladores laqueados) o el impecable baño, donde —además de implementos personalizados como las toallitas de mano, el jabón y el cepillo de dientes— destaca una bañera clásica de acrílico en la que el caderón Santa debe entrar con las justas. Tampoco pasa desapercibido el elegante comedor del anfitrión, con la mesa puesta para la pantagruélica comilona de Nochebuena. Contemplo todo el decorado con una mezcla de asombro y escepticismo. Uno de los guías advierte en voz alta que en el siguiente ambiente, el



5

“ Los regalos son importantes, pero son solo un ícono que te dice que hay una persona a la que le interesas y que cree que mereces amor ”

estudio, está Papá Noel. Los niños y sus mamás hacen cola con desorden. Una puerta de vidrios biselados se corre lentamente y entonces aparece su figura, en medio de un mullido sillón, junto a un escritorio de caoba y un árbol de luces parpadeantes.

MUY CERCA DE TI

Ingreso y siento un chorro de aire acondicionado. La temperatura intenta imitar el frío polar. No tengo mucho tiempo, así que debo lanzar las preguntas correctas para saber quién es este Papá Noel peruano de ojos azules que me da la bienvenida con un sonoro jajo. Le pregunto cuándo llegó, cómo es que se instaló en Lima. "Los amigos de Coca-Cola decidieron que podían darme un hospedaje en el Perú para poder acompañarlos en sus campañas", recita, obediente, sin soltar su botellita de Coca light.

Le digo que, si no es mucho pedir, quisiera hablar con la persona de carne y hueso, no con el personaje. Entonces me suelta un inteligente trabalenguas: "Yo mismo tengo una confusión. No

sé si la persona es Papá Noel o si Papá Noel es la persona. No sé muy bien quién es quién. Tengo mis dudas, ¿sabes?"

Sin perder la calma, le hablo de su habitación y su baño con tina. ¿Eso no te hace demasiado normal?, indago. Él absuelve la duda sin inmutarse: "Ha habido una vieja tendencia a creer que soy algo extraordinario, pero no es así. Yo soy humano. Soy un abuelo, un bisabuelo, un papá".

De pronto, capto que estamos conversando muy animados. Me dice que la popularidad no le molesta, pero que sí le afecta un poco el clima de esta ciudad, un malestar que supera atracándose sin culpa con comida criolla, su favorita. Le comento que está muy gordo, y él, riéndose, sobándose la panza, aclara: "La barriga también es de verdad, no vayas a pensar que son siliconas".

Luego me habla de las cosas tiernas y duras que los niños le dicen mientras lo saludan. Unos quieren que sus papás no se separen. Otros ofrecen sus juguetes para los pobres. Algunos solo quieren una foto. ¿Qué haces —le consulto— cuando un chico te pide algo que sabes que no vas a poder cumplir? Sus ojos se agrandan, se clavan en los míos y su respuesta, por primera vez, remece mi poquita fe y me hace tragar saliva: "Hay una sabiduría involucrada en el personaje que simplemente aflora. Quizá la persona que tú buscas no tie-

ne esa capacidad, pero el personaje es absolutamente mágico. Las respuestas correctas florecen, y luego, al minuto, ya no las recuerdo".

Afuera, los niños pitean, exigen su turno para hablar con Santa. Un duende —Portobelme pide apurarme. Entonces me pongo metafísico y pregunto: "¿Quién eres? ¿En serio esperas que la gente adulta te crea?". Sus palabras, por segunda vez, adquieren gravedad y me dejan nocaute. "Papá Noel es una idea. Yo soy la encarnación de muchas sensaciones y sentimientos. Y necesito también a los escépticos. Si todo el mundo aceptara la idea de que existo, yo sería tan común como el agua o el sol. Y hasta podría ser aburrido. Los escépticos retan la fe en cada Navidad, y espero que después de esta entrevista haya un escéptico menos", dice, aludiéndome.

Antes de despedirme, arremeto: "¿El hombre que eres cree en Papá Noel?". Él se alisa con cuidado su barba falsa, toma un trago de la botella y me regala una buena frase: "Ya te dije, no sé quién es quién. De verdad que estoy a punto de ir a ver a un psicólogo".

Abrazo a este Papá Noel confundido, tentado de pedirle un deseo. Minutos después abandono el pueblo cruzando el pórtico mágico, no sin antes despedirme de Tulipando y del resto de seres cuya identidad, de pronto, ha dejado de importarme. ■